

SENTENCIAS

de los Santos Padres

Tomo I

Dispuestas por orden alfabético de materias
por un Párroco de la Diócesis de Cuenca

Serie
Los Santos Padres
N.º 47

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con Licencia Eclesiástica

Depósito Legal: SE-1548-1990

I.S.B.N.: Tomo I - 770-180-6

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

PROLOGO - INTRODUCCION

Cuando desgraciadamente se olvida el estudio de lo mucho que escribieron los Santos Padres, esos atletas del catolicismo, verdaderas bibliotecas del humano saber, el entendimiento y la voluntad del hombre caen en errores y vicios semejantes a los en que cayeron las sociedades del otro lado de la Cruz. Siendo la Teología el océano de las ciencias, el estudio de los Santos Padres nos da a conocer las fuentes de la tradición, el principio y fundamento de las ciencias sagradas, y el celo y la elocuencia, la fortaleza y la erudición con que los primeros maestros de la religión defendieron y propagaron por todos partes la doctrina de Jesucristo, alfa y Omega de la ciencia, camino, verdad y vida para los individuos y las sociedades que tienen por principal aspiración realizar el fin que Dios propuso a unos y otros. Los Santos Padres demuestran evidentemente contra los antiguos fariseos que crucificaron a Jesucristo, lo propio que contra los modernos críticos de nuestros días, el dogma fundamental de nuestra sacrosanta religión, eso es, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Habían oído a los discípulos mismos de Jesucristo o de sus Apóstoles, y por lo tanto su testimonio es de fuerza irresistible para confundir a los protestantes y a los jansenistas que hace tres siglos nos vienen atolondrando los oídos con sacrílegas declamaciones contra lo que llaman *corrupción* del espíritu primitivo. Como historiadores, como teólogos, como moralistas y aun como filósofos, tienen los Santos Padres infinitamente más prestigio que los sabios más ponderados de la antigüedad gentílica. Platón desaparece cuando se le pone al lado de San Agustín y el mismo Aristóteles no es nada cuando se le compara con San Isidoro. Podemos citarlo sin miedo, aunque sea en presencia de los mismos racionalistas.

En nuestros días abundan gentes que se llaman amigas del saber y de la crítica, y muestran decidido y hasta ridículo empeño en apoyar en los Santos Padres las blasfemias impías y los groseros errores del panteísmo alemán. Mr. Vacherot, uno de éstos, ha escrito la historia

de la Escuela de Alejandría, intentando desfigurar y truncar la doctrina de los Santos Padres para presentarlos como en contradicción con los dogmas más trascendentales del Catolicismo. Este escritor incrédulo se empeña en considerar la religión católica como una copia de la filosofía pagana para despojarla de su divinidad. Por eso es necesario en nuestros días al estudio de los Santos Padres, para refutar y aun pulverizar las vanas argucias de los que sostienen impíamente, que los antiguos doctores de la Iglesia no son testigos, maestros y apologistas de la celestial doctrina de Jesucristo. La misma doctrina que ilustró a los Gentiles sentados en la sombra de la muerte y oscureció los falsos resplandores de algunos filósofos que, entregados a la sola razón herida con la culpa, prometían a los hombres la felicidad que ellos no gozaban, formó estos mismos sabios, ilustrados con la fe, que fueron después de los Apóstoles los nuevos Padres de la Iglesia; y esta Madre amorosa se consolaba en las muertes de aquellos insignes capitanes que empezaron a triunfar de la idolatría, con aquellas palabras que muchos siglos antes estaban escritas en los Salmos: *Pro Patribus tuis nati sunt tibi filii*. Padres que con sus escritos conservaron en toda su pureza la doctrina de la fe y de las costumbres, que entregara a la Iglesia su esposo, Jesucristo. Por eso, si la religión cristiana se supiera hoy en sus fundamentos, se despreciaría más la impiedad, volvería ésta a ser objeto de la burla, como en aquellos dichosos tiempos, cuando, según advirtió San Juan Crisóstomo, los mismos paganos despreciaron tanto los libros del Celso, Porfirio y otros impíos, a vista de la solidez con que los Padres de la Iglesia los confundieron, que no se quedaron con ejemplar alguno por no conservar su mismo oprobio. Este es el juicio que merecieron de los mismos paganos los autores que ahora buscan los resucitados impíos de nuestros tiempos.

Así, que siempre la Iglesia católica ha inculcado a los Sacerdotes la necesidad de estudiar las obras de los Santos Padres, tomando por fundamento aquellas palabras divinamente inspiradas: *Interroga patrem tuum el annuntiabit tibi, majores tuos et dicent tibi*. Hablando Gregorio IX a los Maestros de Teología, de París, les decía: “Mandamos que enseñéis la Teología sin adulterar la palabra de Dios, conforme en un todo con la doctrina de los Santos Padres, para que de este modo vuestros discípulos defiendan la fe e informen las costumbres con las aguas sacadas de las fuentes del Salvador”: y Pío IX escribió el 9 de noviembre de 1846 a todos los Obispos del Orbe católico: “Habéis de atender con especial cuidado, que en vuestros Seminarios

se instruyan los jóvenes en las Sagradas Escrituras, y en los escritos de los Santos Padres, y así tendréis expertos operarios, adornados del espíritu eclesiástico y de los necesarios estudios para cultivar el campo del Señor y con fortaleza pelear las batallas del Señor.

Quien simplificando el estudio de las voluminosas obras de los Santos Padres, haya recopilado por orden alfabético sus principales Sentencias, ha proporcionado un bien de incalculables consecuencias a los que por las múltiples ocupaciones que anejas lleva el cargo parroquial, no tienen ni tiempo de hojear obras tan extensas, ni medios para proporcionárselas. Tal es la obra que con el título de SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES, publica Don José González, Cura Párroco de Zarzuela, Sacerdote respetable por su virtud y ciencia. Revolviendo de día y de noche los escritos de los Padres, emprendió a pesar de su edad y continuos achaques, una de las obras más útiles al clero y al pueblo fiel: merece, pues, los plácemes y agradecimiento de las personas de piedad, y amantes de la religión católica.

Como Dios Nuestro Señor tiene absoluto dominio sobre sus criaturas, éstas tienen el ineludible deber de temerle y observar sus mandamientos. Por eso dice el Espíritu Santo: *Time Deum et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo*; así que han de hacerlo todo para gloria de Dios, *omnia in gloriam Dei facite*. Por eso la obra SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES DE LA IGLESIA, principia inculcándonos el amor a Dios y al prójimo, que es en lo que consiste toda la Ley y los Profetas; pues no amando a Dios, tendremos el verdadero placer y la verdadera felicidad, como dice San Ignacio: amando a Dios, vivirá nuestro corazón, porque, como dice San Juan Crisóstomo, *vita cordis est amor*: amando a Dios, podremos hacer lo que queramos, según aquellas palabras de San Agustín: *Ama Deum et fac quod vis*, y nuestra voluntad será agradar a nuestro Amado: amando a Dios, amaremos al prójimo, que es nuestro hermano e hijo de Dios como nosotros.

Todas las grandes cuestiones que han ocupado las inteligencias de los hombres, se reducen a saber, qué somos, de dónde venimos y a dónde vamos; que resueltas en armonía con la doctrina altamente religiosa, moral, filosófica y social del Catolicismo, labraría nuestra felicidad en esta vida y en la futura. Pues bien, en las SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES se da la más cumplida solución a estas cuestiones, que jamás pudo entender la humana sabiduría, aunque ésta se haya llamado Sócrates, Platón, Aristóteles y Cicerón, y en nuestros días,

moderna filosofía o puro racionalismo. En esta obra nos enseñan los Santos Padres a buscar nuestro fin último, recordándonos con sus Sentencias aquellas palabras de la Santa Escritura: *In ómnibus respice finem*; fin principal, fin necesario, como dijo Nuestro Señor Jesucristo a Marta: *Porro unum est necessarium*; y en otra ocasión ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Para esto nos trazan el camino que hace siglos nos señalara el Profeta Rey, diciendo: *Declina a malo et fac bonum*.

Y sin añadir una palabra más, termino, dando al autor mi enhorabuena del fondo del corazón y diciéndole: *Has trabajado como buen soldado de Cristo*, brillarás como estrella por toda la eternidad, pues que escrito está: *Los que enseñan a muchos para la justicia, brillarán como estrellas por toda la eternidad: qui ad justitiam erudiunt multos, (fulgebunt) quasi stellæ in perpetuas æternitates*.

Cuenca, 19 de marzo de 1986.

Juan García Orea.

SENTENCIAS

de los Santos Padres

dispuestas por orden alfabético de materias
por un Párroco de la Diócesis de Cuenca

A

Acción de gracias.— “Es vergonzoso a un cristiano bendecir a Dios en la prosperidad y no en la adversidad: porque entonces le debía alabar más, sabiendo que es una señal de que le ama: pues le instruye y purifica con su castigo; y así debe decir con el Profeta: Su alabanza estará siempre en mi boca. (S. Basilio, in Psalm. 33, sent. 6, Tric. T. 3, p. 191)”

“El cristiano cuando come y cuando bebe, todo lo debe hacer por la gloria de Dios, y aun cuando duerme ha de estar su corazón en vela. (S. Basilio, Ibid. Tric. T. 3, p. 191.)”

“Alegraos del bien que veis hacer a vuestro prójimo, y dad gracias a Dios: porque la parte que en esto toméis os hace propias las buenas obras de otro, así como las vuestras son comunes a vuestro prójimo. (S. Basilio de abdic. ver. sent. 35, Tric. T. 3, p. 197.)”

“Es una costumbre muy buena y loable empezar cuando se dice y hace, pidiendo a Dios sus auxilios, y concluir dándoles gracias. (S. Gregorio Nacianceno, sent. 1, de orat. 3, Tric. T. p. 351.)”

“Ofrezca cada uno a Dios lo que pudiere en cualquier tiempo que sea, en cualquier género de vida, en cualquier estado de fortuna, según sus fuerzas y según la medida de la gracia que le es dada, para que todos practiquen las virtudes que les convienen, y todos vayamos a ocupar las diversas habitaciones del Reino eterno y celestial. (S. Gregorio Nac., orat. 9, sent. 18, Tric. T. 3, p. 354.)”

“Nada de cuanto se pueda ofrecer a Dios es tan pequeño ni tan inferior a la sublime Majestad, que no lo reciba agradablemente. (S. Gregorio Nacianc., Ibid. sent. 19, Tric. T. 3, p. 355.)”

“Es, sin duda, que cuando ofreciéramos a Dios todas las cosas que están en nuestro poder, todavía le daríamos menos de lo que hemos recibido; pues tenemos el ser por beneficio suyo, como también el conocerle, sobre ser suyos los bienes que le ofrecemos. (S. Gregorio Nacianc., *Ibid.* sent. 20, *Tric. T. 3*, p. 355.)”

“Dios no hace consistir el mérito de lo que se le ofrece en el precio y dignidad de la oferta, sino en el afecto y poder del que la hace. (S. Gregorio Nacianc. *Ibid.* sent. 21, *Tric. T. 3*, p. 355.)”

“Ofrezcámonos enteramente a Dios para volvernos a hallar enteramente en El. (S. Gregorio Nacianc. *orat. 40*, sent. 52, *Tric. T. 3*, p. 361.)”

“Dios no mira tanto lo que se le ofrece, como la voluntad de los que ofrecen. (S. Jeron, *In eleemos*, c. 5, sent. 86, *Tric. T. 5*, p. 254.)”

“Gloriaos en Dios los que tenéis recto el corazón. Aquellos tienen el corazón recto a quienes agradan todos los juicios de Dios, los que se acusan de sus pecados y bendicen a Dios en todas las ocasiones, sean prósperas o adversas. (S. Jeron. *In Psalm. 34*, sent. 103, *Tric. T. 5*, p. 257.)”

“Volvemos como una cosa prestada lo que no hemos traído al mundo ni lo podíamos llevar al salir de él: no lo arrancamos con dolor, como si fuera la piel, sino como quien deja el vestido. Ahora es preciso dar a Dios lo que podemos llamar nuestro: esto es, el corazón, el alma y nuestros cuerpos, ofreciéndolos para ser una hostia viva. (S. Paulino, *Ej. 2*, ad Sever. sent. 2, adic. *Tric. T. 5*, p. 360.)”

“No mira tanto el Señor lo que le damos, como la voluntad con que se le da: y según esta disposición pueden llegar a ser muy grandes las cosas más pequeñas, como sucede muchas veces, que las que son grandes se hacen pequeñas y despreciables a los ojos de Dios, por no ofrecerlas con alegría y con entero corazón. (S. Juan Crisóst. *Homil. 42* in *Genesin*, sent. 108, *Tric. T. 6*, p. 310.)”

“Es preciso dar gracias a Dios al principio y al fin de la comida: porque este es el medio de no caer en la intemperancia. (S. Juan Crisóst. *Serm. 1*, de *elcemos.*, sent. 113, *Tric. T. 6*, p. 320.)”

“Cuando habéis dado gracias a Dios de algún bien que os ha hecho, habéis cumplido con la deuda; pero si le dais gracias por el trabajo que os ha enviado, entonces le hacéis vuestro deudor. (S. Juan Crisóst. *Homil. in Psalm. 9*, sent. 125, *Tric. T. 6*, p. 323.)”

“Alabad a Dios en sus Santos. Concluyó David el libro de los Salmos con la acción de gracias para enseñarnos que con ellas debe-

mos empezar cuanto hacemos y decimos, y por la misma acción de gracias acabar. (S. Juan Crisóst., In Psalm. 150, sent. 146, Tric. T. 6, p. 327.)”

“Después de haber comido y bebido, dice Moisés, cuidado de no olvidar al Señor vuestro Dios. Para enseñarnos que nada nos lleva tanto al olvido de Dios, como los placeres y delicias. (S. Juan Crisóst. de Lázaro. Conc. 1., n. 8, sent. 189, Tric. T. 8, p. 337.)”

“Cuando cantamos los divinos cánticos, debemos ejecutarlo con un santo gozo, evitando por una parte emplear nuestra voz con demasiado ruido y desagrado, sin afectar por otra un canto de demasiada melodía y ternura. También se debe cuidar mucho mientras se canta, no dar miradas inconsideradamente aquí y allí, como solicitando el aplauso de los que nos oyen. Es necesario poner en Dios nuestra alegría, y no pretender agradar sino al Señor. (S. Juan Crisóst., sent. 256, Tric. T. 6, p. 353.)”

“Reflexiona cada uno de nosotros en los beneficios de Dios, y procure traerlos delante de los ojos, como si los tuviera escritos en un libro: pongo por ejemplo: si ha evitado algún peligro, si ha salido de alguna enfermedad, cuando ya no había esperanzas de su salud. Y de este modo irá viendo los bienes que Dios le ha dado, cuyo reconocimiento sirve mucho para unirnos más con el Señor. (S. Juan Crisóst., Homl. 38, sent. 276, Tric. T. 6, p. 357.)”

“No hay cosa que tanto agrade a Dios, como el reconocimiento a sus favores y las gracias que le damos, así por nosotros, como por los demás. Por esto S. Pablo pone siempre la acción de gracias al principio de cada una de sus Epístolas. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, epis. ad Corint. sent. 300, Tric. T. 6, p. 363.)”

“Cuando un artesano vende alguna obra, debiera presentar a Dios alguna porción del precio recibido, como por primicias de su trabajo. No por esto os pido mucho, sino que quisiera que los cristianos que aspiran al cielo, diesen, a lo menos, tanto como los indios, los cuales, como niños, miraban a la tierra. No pretendo por esto imponeros alguna ley, ni detener a los que quieran dar alguna cosa más; pero me parece muy justo que se de a lo menos el diezmo, y quisiera que esto se hiciera, no solamente cuando se vende, sino también cuando se compra. Los que tienen fondos y rentas y aun los que recogen los tributos legítimos debieran seguir esta misma regla. (S. Juan Crisóst., Homl. 43, cap. 16, sent. 325. Tric. T. 6, p. 370.)”

“¿Qué tienes que no hayas recibido? Yo os declaro que la más

sublime virtud de los cristianos, es atribuirlo todo a Dios y persuadirse de que ningún bien proviene de nosotros mismos, y a no hacer nada por nuestra propia gloria y no tener otra mira que la voluntad de Dios, porque a este Señor hemos de dar cuenta de ella. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, ad Corint. sent. 332, Tric. T. 6, p. 372.)”

“No solo debemos dar gracias a Dios por los beneficios visibles que nos comunica, sino también por los que no conocemos y aun por muchos que no quisiéramos recibir. (S. Juan Crisóst., Homl. 19, sent. 347. Tric. T. 6, p. 376.)”

“Benedicid a Dios cuando os da los bienes temporales y bendecidle cuando os los quita: porque Aquel que quita y da los bienes, jamás se retira del que le bendice. (San Agust., Psalm. 32, sent. 31, Tric. T. 7, p. 457.)”

“Si queréis acertar con el modo de alabar a Dios por todo el día, haced bien todo lo que hacéis y ya estáis alabando a Dios. Disponeos, pues, a alabar a Dios continuamente con la inocencia y pureza de vuestras acciones. (S. Agust. Psalm. 32, sent. 34, Tric. T. 7, p. 457.)”

“Nos enseña la Escritura, que toda gracia excelente y todo don perfecto viene de arriba, y baja del Padre de las luces, el cual no puede recibir en sí transmutación alguna ni sombra de variación. Debemos dar inmortales gracias al Autor de todo bien, así por las ventajas temporales, como por los dones de la gracia. El es el que nos hizo, y nosotros no nos hicimos. Esta fiel y sincera confesión le debemos. En Dios y no en nuestros propios méritos, nos debemos gloriar. (San León Papa, Sermon. 4, sent. 2, Tric. T. 8, p. 382.)”

“Siendo voluntad de Dios que seamos buenos porque el lo es, nada nos debe desagradar en sus juicios. ¿Qué otra cosa es no darle gracias por todo, sino reprenderle y culparle en cierto modo? Tal vez se atreve la necedad humana a murmurar de su Creador, no solamente por su pobreza, sino de la misma abundancia. De este modo se queja cuando algo falta, y es ingrata cuando sobra. (S. León Papa, Sermon. 11, c. 1, sent. 8, Tric. T. 8, p. 384.)”

“Gracias os doy, Dios de las misericordias, por haber señalado vuestra clemencia para con un miserable pecador, muy negligente en el bien, y muy delincuente en el mal, cuyos extravíos casi en todo género de vicios y pecados empezó con su vida y poco menos que desde la cuna. Desde estos principios de mi pecaminosa vida estáis esperando a que vuelva a Vos con la penitencia, sin que mis pecados hayan podido agotar la fuente de vuestras bondades, ni cansar vuestra

paciencia. Vos esperáis mi conversión no queriendo dejarme perecer con mis pecados, vicios, faltas y negligencias; porque si hubierais querido, Señor, tratarme con el rigor que merecen mis culpas, ya ha mucho tiempo que me hubiera tragado el abismo. Mas yo os suplico, Señor dulcísimo y eternísimo Padre, que no permitáis que por mi culpa se quede estéril y sin fruto la bondad con que habéis esperado la oveja perdida por tanto tiempo. Apartad de mi semejante desgracia; pues no queréis la muerte del pecador, sino la destrucción del pecado; perdonadme los pasados desórdenes; dadme al presente la gracia de enmendar mi vida; concededme para en adelante la gracia de estar atento, y de aplicar las más severas precauciones contra mis inclinaciones malignas; dadme tiempo y lugar para llevar frutos dignos de penitencia; abrid con vuestro Espíritu Santo los ojos de mi alma, para que yo vea y llore mis extravíos. Este es, Señor, el tiempo favorable, y estos los días de mi salud. Apiadaos de mí, ¡oh gran Dios! y no perdáis al pecador con su pecado; no reservéis el castigo de mis culpas para la otra vida en el horror de los tormentos que vuestra justicia hace sentir en el infierno, ni para aquel terrible Tribunal en que todo lo habéis de examinar con el mayor rigor. Dignaos por vuestra insigne clemencia de romper los lazos de mis iniquidades, antes que los de mi vida; dadme un corazón contrito y humillado; concededme el don de las santas lágrimas; brille en mi corazón vuestra luz, y resplandezca en mi cuerpo la fuerza de vuestra gracia, para que yo vea lo que debo hacer y ejecute con valor lo que me dáis a entender que pertenece a mi obligación y lo cumpla constantemente por todos los días de mi vida. (S. Anselmo, 18, Meditat. sent. 47, Tric. T. 9, p. 354 y 355.)”

Alabanza.—“Un Profeta dijo al Rey Ezequías: Ya viene el día en que todo cuanto tenéis en casa será llevado a Babilonia, y nada quedará en ella, dice el Señor. De este modo cuando ya los hipócritas han llegado a la aparente cumbre de la virtud, por no haber procurado evitar las emboscadas de los espíritus malignos, ocultando las buenas obras, hacen que caiga en manos de sus enemigos todo el bien que adquirieron y no procuraron tener escondido: de este modo pierden en un instante, por su imprudencia, lo que tanto les costó juntar por largo tiempo. A la verdad, es dar ocasión a los ladrones para robarnos el manifestar nuestras riquezas; porque hasta tanto que estemos ya en la paz y en la seguridad de la eterna patria, vamos por un camino expuesto a las emboscadas de infinitos salteadores: por lo que es preciso

tener un grande cuidado de llevar oculto en nuestro corazón todo el bien que hacemos, si queremos recibir el premio del eterno Juez que ve lo más profundo de los corazones. Es absolutamente necesario ocultar nuestra virtud, porque no suceda que exponiéndola a la vista en el camino de la vida presente, nos la quiten y roben los ladrones espirituales que nos están continuamente observando. (S. Greg. el Grande, Lib. 8, c. 48, p. 282, sent. 38, Tric. T. 9, p. 244.)”

“Cuando manifestamos a los ojos del mundo nuestras buenas acciones, es preciso primero sondear nuestro corazón, para saber la verdadera intención que tenemos en esto. Porque, si puramente buscamos la gloria de Dios, que es el que nos comunica sus dones, no dejan de estar escondidas nuestras buenas obras, aunque sean públicas: como, al contrario, si pretendemos en esto nuestra propia gloria, ya Dios las reputa como publicadas, aunque no hayan llegado al conocimiento de muchos: pero es perfección de muy pocos buscar tan puramente la única gloria de Dios en las acciones de virtud que se manifiestan, y que no nos toque algún movimiento de complacencia en los aplausos que nos dan los hombres: porque no se pueden manifestar sin alguna culpa las buenas obras, sino cuando llega el hombre a pisar con desprecio las alabanzas humanas. Y como las personas imperfectas, y de una piedad común no tienen todavía fortaleza suficiente para colocarse superiores a estos movimientos de la vanidad, no las queda otro medio de libertarse sino el de ocultar con todo cuidado el bien que ejecutan. Muchas veces sucede que no teniendo al principio otra intención en manifestar sus buenas obras, que la de dar a Dios la gloria que se le debe, se ven tan embriagados de los elogios que les dan, que se dejan llevar de ellos con vanidad: de suerte, que por no haber examinado el fondo de su corazón, se hallan tan derramados fuera de sí mismos, que no saben lo que se hacen, y ejecutan las acciones buenas por soberbia y vanidad cuando piensan que obran por el servicio y gloria de su Criador. (S. Greg. el Grande, lib. 8., p. 283, sent. 39, Tric. T. 9, p. 245.)”

“El deseo de las humanas alabanzas es como un ladrón disfrazado de caminante, que juntándose con nosotros en el camino derecho por donde vamos, como para hacernos compañía, saca de repente un puñal con que a traición atraviesa los corazones. Porque cuando la buena intención que teníamos al principio de obrar para utilidad del prójimo llega a degenerar en amor propio y en deseo de vanagloria, sucede por un modo horrible al pensarlo, que la acción que había empezado

por virtud acaba en pecado. Por ejemplo: habrá tal vez algunos que defienden con celo la justicia, sólo pretenderán la recompensa temporal cuando practican tan grande acción. Entre tanto se tienen por muy justos, y se glorian de ser los protectores de la virtud: pero si llega a faltar la esperanza de los adelantamientos temporales, se les ve abandonar con cobardía el partido de la justicia; en lo que se conoce, que cuando se tenían por los más justos y más celosos defensores de la equidad, no buscaban realmente otra cosa sino el mercenario interés. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 24, p. 304, sent. 43, Tric. T. 9, p. 247.)”

“Nada hagáis con el fin de que os alaben: nada por lo que pensarán de vosotros: nada por hacer célebre vuestro nombre: hacedlo todo por Dios, y por aquella feliz y eterna vida, que se digna concederos en el cielo nuestro Salvador, que vive y reina con el Padre y con el Espíritu Santo en la eternidad de los siglos. Amén. (S. Anselmo. Exhort. ad contemptum temporal., sent. 35, Tric. T. 9, p. 347.)”

“El que canta las alabanzas divinas y pretende otra cosa fuera del mismo Dios, le alaba, mas no le ama. Alabad, pues, al Señor, pero sea dignamente, de suerte, que no haya en vosotros, cuidado, intención, pensamiento ni deseo del espíritu que en cuanto os sea posible no contribuya a su alabanza: ninguna prosperidad de este mundo, ninguna desgracia os aparte de esta obligación, y de este modo alabaréis al Señor con todo vuestro corazón. Mas cuanto hubiereis cumplido con vuestra obligación alabando a Dios con toda el alma, y alabándole con amor, no esperéis de él otro premio, que el mismo Dios, para que sea el objeto y término de todos vuestros deseos, y el mismo Señor sea el salario de vuestro trabajo, el consuelo de vuestras penas, y por último, vuestra herencia en la posesión inmortal de la vida bienaventurada que esperamos en el cielo. (S. Anselmo, sent. 38, Tric. T. 9, p. 348, y 349.)” 1.^a Meditat.

“La verdadera amistad suele tener reprensiones, pero nunca adulaciones. (S. Bern., Epist. 242, sent. 61, Tric. T. 10, p. 325.)”

“Nada confunde tanto como el ver descubiertos los deseos de ser alabado. (S. Bern., Epist. 106, sent. 76, Tric. T. 10., p. 326.)”

“La hermosa pintura, o la bella letra no es elogio del pincel, ni de la pluma. (S. Bern., Epist. 7, n. 6, sent. 93, Tric. T. 10, p. 327.)”

“¿Por ventura parece que soy áspero porque no adulo, porque aterro, porque deseo para el amigo el principio de la sabiduría? Siempre quisiera favorecer de este modo a mis amigos: quiero decir, aterrándolos saludablemente, y no adulándonos con engaños. (S. Bern., Epist. 9, sent. VII, adieda. Tric. T. 10, p. 346.)”

“Yo acostumbro a armarme de dos versécitos de la Escritura contra los que me alaban. El primero es contra los malévolos. Retírense y llénense de confusión los que para mi quieren males. Contra los benévulos, pronuncio el siguiente. Retírense inmediatamente avergonzados los que dicen viva, viva. (S. Bern., Epist. 72, sent. XIV, adic. Tric. T. 10, p. 349.)”

“Siendo muchos los llamados y pocos los escogidos, no es grande argumento ni razón para resolver en las cosas dudosas, tener por laudable lo que muchos alaban. (S. Bern., Epist. 377, ad Innoc. Pap. sent. XLII, adic. Tric. T. 10, p. 361.)”

(La adulación, alabanza o lisonja, no sólo la reprueba la Sagrada Escritura y Santos Padres, sino hasta los Filósofos Gentiles y Emperadores). “Pitágoras dice que debemos alegrarnos cuando se nos vitupera, y jamás cuando nos alaban. Mira a los aduladores como a enemigos los más peligrosos y detestables.”

“Cartes decía que los que viven entre aduladores abandonan sus deberes y se hallan como novillos en medio de lobos.”

“Bion, a quién preguntaron cuál era el animal más dañoso, contestó: Entre las bestias salvajes, el tirano; entre los animales domésticos, el adulador.”

“Diógenes llama a la lisonja un lazo de miel que ahoga al hombre abrasándole.”

“El Emperador Constantino era tan enemigo de los aduladores, que los llamaba polilla y rateros de su palacio.”

“Y el Emperador Segismundo dio un bofetón a un adulador. ¿Por qué me herís, Señor? le preguntó éste. ¿Por qué me muerdes, lisonjero? contestó el Príncipe. (Barbier, tomo 1, p. 36.)”

Aflicciones y trabajos.— “Cuando en este mundo sobrevienen males, son, por lo común, efectos de la divina indignación para castigo de los hombres, con el fin de darse a conocer con los castigos a los que no quieren conocerle por sus beneficios. (S. Cipriano, lib. contra Demetr. sent. 27, Tric. T. 1, p. 303.)”

“Quiso Dios probar su familia, y porque una larga paz había corrompido la doctrina que nos vino del cielo por tradición, la corrección celestial avivó la fe postrada, y aun diré, casi dormida: y cuando merecíamos padecer más por nuestras culpas, el clementísimo Señor todo lo ha moderado: de modo, que cuanto nos ha sucedido, más parece visita de Dios que persecución. (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. IX, Tric. T. 1, p. 380 y 381.)”

“El que se confundiere de mí, se avergonzará de él el Hijo de Hombre. ¡Y pensará que es cristiano el que se avergüenza de serlo! ¡Cómo puede estar con Cristo el que teme y se avergüenza de pertenecer a Jesucristo! (S. Cipriano, lib. de Lapsis, sent. XI, adic. T. 1, p. 381.)”

“El justo dará su fruto en su tiempo. El tiempo del justo es el siglo venidero, porque no es esta vida el tiempo propio del justo: antes bien, es para él un tiempo extraño; y así en la vida futura dará Dios el fruto del cultivo que da Dios a las almas en el presente siglo. (Eusebio de Cesarea, sent. 1, Tric. T. 2, p. 83.)”

“Vuestra vara y vuestro cayado me han dado consuelo. A la verdad, el que recibe el castigo persuadido de que Dios castiga a los que admite por hijos adoptivos, se consuela con los mismos trabajos. (Eusebio, sent. 2, Tric. T. 2, p. 83.)”

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Promete Jesucristo consuelos eternos a los que lloran en este mundo, no por la pérdida de las personas amadas, ni por las injurias que reciben, o por los menoscabos que ven en sus bienes: sino a los que lloran sus culpas pasadas, y los delitos que manchan su conciencia: para estos está reservado el consuelo de la gloria. (S. Hilario in Matth. cap. 4, sent. 6, Tric. T. 2., p. 258.)”

“¡Dichoso aquel que sufre a su prójimo! Pero, ¡ay de aquel, que sin reposo alguno pone a su prójimo en la precisión de que le sufra! (S. Efrén, (De Vit. spir.) sent. 7, Tric. T. 3, p. 78.)”

“Para dolerse y llorar, bastará conocerse bien a si mismo: pero este dolor debe ser según Dios, y no ha de provenir de un motivo puramente humano: por lo cual es necesario manifestar un exterior alegre y agradable, gloriándonos en el Espíritu Santo de los dones que nos comunica; pero al mismo tiempo debemos dirigirle oraciones que salgan de un alma penetrada de un secreto dolor. (S. Efrén, (De morb. ling.) sent. 12., Tric. T. 3, p. 79.)”

“Déjate penetrar, alma cristiana, de la compunción por todas las gracias que has recibido de tu Dios y no has conservado bien. Compúñete a vista de los males que has cometido contra él, y particularmente por todos aquellos pecados en que te ha esperado a penitencia con tanto sufrimiento. (S. Efrén. (Serm. 2, de Comp.) sent. 14, Tric. T. 3, p. 79.)”

“Las tribulaciones del mundo están llenas de pena, y vacías de premio; pero las que se padecen por Dios se suavizan con la esperan-

za de un premio eterno. (S. Efrén, (In illa verb. "attende tibi") sent. 18, Tric. T. 3., p. 80.)"

"Habéis mudado mi tristeza en gozo. Dios no llena de su gozo a todas las almas, sino sólo a las que han llorado sus pecados con lágrimas abundantes y continuas, como si lloraran su propia muerte: porque estos llantos se convierten por último en extremadas alegrías. (S. Basilio, in Psalm. 29, sent. 5, Tric. T. 3, p. 191.)"

"No todas las enfermedades vienen de nuestra constitución natural, o del desarreglo de la vida, o de otra causa corporal que la medicina puede corregir: muchas veces son las enfermedades como varas con que Dios castiga nuestros pecados, o como estímulos con que nos excita a una sincera mudanza de vida. (S. Basilio, sent. 65, Tric. T. 3, p. 201.)"

"Es preciso reconocer, que las calamidades que en este mundo nos sobrevienen tienen diversas causas: porque suceden por orden o permisión de Dios, y siempre para nuestra mayor utilidad: pues siempre es menos ventajoso no padecerlos. (S. Basilio, Interrog. 261, sent. 74, Tric. T. 3, p. 203.)"

"No miremos como reales y verdaderos bienes o males el gozo ni la aflicción; considerémoslos como extranjeros en la tierra, y pongamos en el cielo toda la atención del alma. Sola una cosa hemos de tener por mal, y esta es el pecado; y sola una hemos de estimar como bien, y esta es la virtud, porque nos une con Dios, (S. Gregorio Nacian., Epist. 189, sent. 54, Tric. T. 3., p. 361.)"

"El Verbo divino llama bienaventurados a los que lloran; no porque la aflicción por sí misma sea felicidad, sino por la felicidad que nos procura. (S. Gregorio de Nisa, Orat. 3., sent. 14, Tric. T. 4, p. 115.)"

"Sirve de tentación para conservar y dar fuerza y aumento a la virtud del alma fiel: porque si el justo no fuera atribulado y atormentado algunas veces con estas pruebas, no viviera con el cuidado suficiente para mantener la virtud, antes bien, correría riesgo de relajación en la afluencia de las gracias que pudiera recibir de la liberalidad divina. (S. Ambrosio, sent. 27, Tric. T. 4, p. 318.)"

"Nos envía Dios males a este mundo, para obligarnos a recurrir a su bondad, supuesto que los bienes que nos ha dado no han servido para reconocerle, y que las adversidades nos excitan a suplicarle después de haberle ofendido durante la prosperidad y a darle gracias por la comunicación de sus dones. (S. Ambrosio, lib. 1, in c. 7, sent. 38, Tric. T. 4, p. 321.)"

“Alegrémonos en los trabajos, como Jesucristo en los suyos. El Señor los padeció por sus siervos, suframos por nuestro dueño. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 46, Tric. T. 4, p. 322.)”

“El consuelo que se da al afligido debe ir acompañado de suavidad, no de sequedad y aspereza: debe ser propio para aliviar el dolor, y no para excitar nuevas confusiones en el alma. (S. Ambrosio, in Psalm. 37, sent. 47, Tric. T. 4, p. 322.)”

“Los trabajos de esta vida, no son dignos de la gloria futura que nos está preparada: cualquiera, pues, que espera grandes bienes, no se ha de abatir por pequeños males. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 58, Tric. T. 4, p. 324.)”

“Está la vida tan llena de males, que en esta consideración podemos mirar la muerte como remedio, más bien que como trabajo. (S. Ambrosio, Serm. 42, sent. 149, Tric. T. 4, p. 344.)”

“Ya el pueblo cristiano no necesita un leve dolor de la circuncisión: porque llevando consigo la muerte del Señor en cada momento, señala en su frente el desprecio de la muerte, como quien sabe que no puede llegar a la salud eterna sin la cruz del Señor. (S. Ambrosio, sent. XX., adic. Tric. T. 4, p. 399.)”

“En más estimó Moisés el oprobio de Cristo, que los tesoros de Egipto. Si tu oprobio Jesús y Señor mío, es gloria: ¿cuánta es tu gloria? (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. XXXII, adic. Tric. T. 4, p. 403.)”

“Nosotros merecemos más lástima que los que mueren, porque todos los días nos vemos expuestas a los combates y a las manchas del pecado, y muchas veces recibimos heridas los que algún día hemos de dar cuenta de la menor palabra ociosa. (S. Jerónimo, Epist. 75, ad Theod. de morte conj., sent. 28, Tric. T. 5, p. 243.)”

“Cuando Dios no manifiesta su ira contra el pecado, es señal de su mayor indignación: esto lo hizo decir a Jerusalén por Ezequiel: Yo no me enojaré contra ti, ni te celaré. Un padre reprende al hijo que ama: y cuando el médico no nos da remedio es señal de que desespera de nuestro mal. (S. Jerón., sent. 31, Tric. T. 5, p. 244.)”

“Cuando nos vemos en la aflicción y en la miseria es porque quiere Dios probarnos, para que el fuego de las tribulaciones de este mundo purifique toda mezcla de iniquidad que haya en nosotros. Porque la plata del Señor, pasa por el fuego para ser en él probada y purificada hasta el séptimo grado. (S. Jerón., in Jerem. c. 1., sent. 63, Tric. T. 5, p. 249.)”

“¿Por qué nos admiramos de los males que sufrimos en esta vida? Pues si pretendemos con sinceridad los eternos gozos, conoceremos que solamente hemos venido aquí para padecer. (S. Jerón., in Lament. Jerem. sent. 68, Tric. T. 5, p. 250.)”

“Clamé al Señor cuando yo estaba atribulado, y me oyó. No dice cuando estaba nadando en el gozo y en las delicias. ¿Queréis que el Señor os oiga? Clamad a él afligidos y atribulados. (S. Jerón. in Psalm. 12, sent. 112. Tric. T. 5, p. 258.)”

Bienaventurado es aquel a quien Dios castiga; porque el Señor no toma dos veces satisfacción de una misma culpa. El efecto de la mayor ira de Dios sobre nosotros, es no indignarse contra nosotros: entonces nos reserva, como terneros cebados, para la carnicería. (S. Jerón., in Psalm. 140, sent. 117, Tric. T. 5, p. 260.)”

“No es razón que los siervos rehusemos padecer lo que antes sufrió el Señor por nosotros, siendo siervos. (S. Paulino, Epist.. 38, sent. XII, adic. Tric. T. 5, p. 362.)”

“Dos cosas nos anunció Jesucristo: la tribulación y el consuelo, los trabajos y las coronas, la tristeza y la alegría. Y para que los hombres vean que no pretendió engañarnos, envía primero los trabajos, y deja para el otro mundo lo agradable; bien que disminuyendo el peso de los males que primero sentimos con la esperanza de los bienes que les han de suceder. (S. Juan Crisóstomo. Homil. 16, sent. 15, Tric. T. 6, p. 302.)”

“Si es fuerte la calentura que padecéis, representaos la imagen del fuego del infierno, y pensad que, si sufriéreis con paciencia el mal de la calentura, evitaréis algún día el del infierno. Representaos también cuantos trabajos padecieron los Santos Apóstoles, y que siempre los justos pasaron por la prueba de las aflicciones. (S. Juan Crisóstomo, Homil. 38, Orat. 6, sent. 30. Tric. T. 6, p. 306.)”

“No quiere Dios disminuir el fruto de vuestros trabajos, ante viéndolos, dispone que todo se convierta en vuestro bien y que todo os aproveche. Aun cuando solo arrojaréis un suspiro, o dejaréis caer una sola lágrima, inmediatamente la recoge, y la hace servir para vuestra salvación. (S. Juan Crisóst. Homil. 3, in c. 1. Math., sent. 37, Tric. T. 6, p. 307.)”

“El ver comúnmente que los malos nada padecen en este mundo, es una señal indubitable de que Dios dilata para otro tiempo su castigo. (S. Juan Crisóst. Homil. 77, sent. 69, Tric. T. 6, p. 312.)”

“Ninguna cosa es tan útil para disponer nuestra alma a conseguir

la perfecta sabiduría, como las calamidades, tentaciones y disgustos. (S. Juan Crisóst. Homil. 60, Joann, sent. 84, Tric. T. 6, p. 315.)”

“No debemos llorar por aquellos que Dios aflige, sino por los que no obstante sus pecados, nada padecen en este mundo. Su primer mal es el pecado, y su segundo mal es el de no recibir de Dios remedio alguno para sanar de sus pecados. (S. Juan Crisóst. Homil, in Psalm. 7, sent. 122, Tric. T. 6, p. 323.)”

“Sufrid con valor los males que os sobrevienen, y esto os servirá de martirio. Porque la resolución con que el cristiano permite que le despedacen antes que sacrificar a los ídolos, no es la única cosa que hace mártires: también lo podemos ser, si cuando nos atormenta un violento dolor nos abstenemos de quejarnos de Dios, y si sufrimos con paciencia, sin decir palabra que merezca ser reprendida. (S. Juan Crisóst. , in Psalm. 129, sent. 140, Tric. T. 6, p. 326.)”

“Por dos razones son útiles los trabajos: la una porque nos hacen más atentos a nuestra obligación; la otra, porque nos ponen en estado de que Dios nos oiga más favorablemente. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 144, sent. 144, Tric. T. 6, p. 326.)”

“Debemos persuadirnos a que todo lo que Dios nos envía es para nuestro bien, y no examinar particularmente las razones, ni inquietarnos por lo que ignoramos. (S. Juan Crisóst. de Prodit., lib. 1, c. 7, sent. 172. Tric. T. 6, p. 333.)”

“Es preciso pasar toda la vida en trabajos y continuos combates si queremos gozar del descanso y de los bienes de la eternidad. Si alguno fuese tan delicado y tan aficionado a los gustos de esta vida, que imagine poder gozar aquí de los placeres del mundo, y en el cielo de los que están preparados para premio de los buenos, le declaro que se engaña mucho, y que se engaña a si mismo. Escucha, pues, aquellas palabras del Santo Job: Toda la vida del hombre sobre la tierra es una continua tentación. (S. Juan Crisóst., lib. 2, c. 4 sent. 174., Tric. T. 6, p. 334.)”

“Los trabajos del espíritu cuando los sufrimos con paciencia y acción de gracias, pueden hacer que merezcamos más excelente premio que padeciendo trabajos corporales. (S. Juan Crisóst., Epist.. 2, ad Olimp. Diac., sent. 183. Tric. T. 6, p. 336.)”

“Cuando en las molestias que tenéis que sufrir, se levanta en vuestro corazón algún movimiento de ira o de impaciencia, representaos la extremada mansedumbre de Jesucristo, y sólo este pensamiento os inspirará al instante esta virtud en el corazón. (S. Juan Crisóst., Serm. 46, de mansuet, sent., 220. Tric. T. 6, p. 344.)”

“Cuando os halléis en algún trabajo o angustia, así en el matrimonio, como en cualquier estado que sea, volvedos a Dios, y suplicadle que os libre de él; porque este es el único medio de salir bien de todos los males que nos afligen, porque nada hay comparable a la virtud de la oración. (S. Juan Crisóst., Serm. non esse desper. n. 7, sent. 223, Tric. T. 6, p. 345.)”

“¿No es una cosa injusta y sin razón que la mismo tiempo que se aprueba la acción de un padre que arroja de su casa a un hijo perverso para corregirle; de un médico que atormenta a un enfermo con remedios violentos para sanarle; de un juez que por el bien público castiga al delincuente; de un labrador que poda su viña para que lleve fruto, murmuramos contra Dios, y le acusemos de cruel, cuando para despertarnos de nuestra pereza y somnolencia, nos excita a corregirnos con sus castigos? (S. Juan Crisóst., sent. 225, Tric. Ibid. Ibid.)”

“Si damos gracias a los hombres porque nos prestan dinero por un poco tiempo, sin enojarnos porque nos lo piden, ¿por qué nos ha de parecer mal que Dios nos quite los bienes de este mundo, porque son suyos, y nos los había dado prestado? (S. Juan Crisóst., Ibid., sent. 226, Tric. Ibid. Ibid.)”

“Ya no me diréis que la enfermedad es verdadero mal, pues fue la causa de la recompensa de Lázaro. No me diréis que la pobreza es mal, porque fue la ocasión de la grande gloria del Santo Job. ¿Qué diremos de las aflicciones, sino que estas fueron las que hicieron tan ilustres y famosos a los Apóstoles, porque el camino que lleva a la vida es estrecho y áspero? No me digáis para qué es esto, de qué sirve aquello, observad ese punto de la conducta del Criador con sus criaturas, el silencio y sumisión que observa el barro con el alfarero que le da la figura que quiere. (S. Juan Crisóst., lib. I, in eos qui scandalizati sunt., c. 2, sent. 234. Tric. T. 6, p. 347.)”

“Las aflicciones nos desprenden de las cosas del mundo, nos hacen deseable la muerte, y nos curan la afición excesiva que tenemos a nuestro cuerpo. Y no hay duda que el blanco principal a que tira la virtud y la filosofía cristiana, es a quitarnos la afición a la vida presente. (S. Juan Crisóst., Homl. 42, c. 19, sent. 277, Tric. T. 6, p. 357.)”

“El Hijo del hombre no tiene en donde reclinar su cabeza. Todos los que se abandonan a los placeres del mundo, y descansan en las delicias y el regalo, no tienen sociedad alguna con Jesucristo. Solamente los que viven en las aflicciones y trabajos, y siguen la estrecha

senda del Evangelio, están verdaderamente unidos con Jesucristo, porque siguen el mismo camino que siguió el Señor. (S. Juan Crisóst., Homl. 1, ad Corint., sent. 326, Tric. T. /, p. 371.)”

“Decía Jesucristo a sus discípulos: Vosotros os veréis afligidos en este mundo. Luego si queréis ser del número de los discípulos de Jesucristo, debéis entrar con valor en el camino estrecho. Porque si no padecéis aflicciones por este noble motivo, sucederá que inútilmente las tendréis que sufrir por otros que no podéis evitar. Un envidioso, por ejemplo, un avariento, un lascivo, un impúdico y un ambicioso, y todo el que se ve agitado de una pasión desordenada, sufre muchas más pesadumbres y trabajos que el que llora en gracia de Dios por alguna aflicción. (S. Juan Crisóst., Homl. 26, c. 12, ad corin., sent. 338, Tric. T. 6, p. 374.)”

“¿No es una cosa la más absurda e indigna, que Cristo haya padecido por ti tantas indignidades, y que tu muchas veces no puedas sufrir por el ni aun las palabras? El Señor fue escupido, y tú te adornas con trajes y anillos; y si los hombres no te aplauden, te parece miserable tu vida: a Cristo le afligieron con maldiciones y oprobios, y por burla le dieron bofetadas; tu de todos pretendes alabanzas y no sufres las afrentas de Cristo. (S. Juan Crisóst., Homl. 532, sen. VIII, adic. Tric. T. 6, p. 453.)”

“Cuando las cosas hayan llegado a la mayor escasez, entonces es cuando hemos de esperar más. Porque entonces principalmente manifestará Dios su poder: no desde el principio, sino cuando no se espera remedio humano, pues esto es el tiempo del auxilio divino. Por esto no sacó del peligro a los tres jóvenes desde luego, sino cuando ya los habían arrojado al horno encendido: ni a Daniel antes de entrar en el lago de los leones, sino siete días después. Esto lo hace Dios para que ninguno se atribuya la gloria que es propia de Dios. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 117, sent. XII, adic. Tric. T. 6, p. 454.)”

“Nunca está Dios más enojado, que cuando no castiga las culpas, y parece que se ha olvidado o que no atiende. (S. Agustín, Psalm. 9, sent. 5, Tric. T. 7, p. 454.)”

“Si seguís el camino de Jesucristo, no os prometáis en este mundo prosperidad. El Señor caminó por lugares ásperos, pero nos prometió cosas grandes si le seguimos. Seguidle, y no miréis tanto a los caminos que habéis de pasar, cuanto al lugar a donde algún día habéis de llegar. (S. Agust., Psalm. 32, sent. 37, Tric. T. 7, p. 457.)”

“Es preciso que sean afligidos en este mundo aquellos a quienes

Dios ha preparado la vida eterna. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 43, Tric. T. 7, p. 458.)”

“Dios os consuela cuando os comunica sus dones, para que permanezcáis siempre firmes en el bien; y os castiga cuando os quita los bienes para que no caigáis: vivid, pues, seguros, cuando el Señor cuida de vosotros. (S. Agustín. Psalm. 39, sent. 55, Tric. T. 7, p. 450.)”

“Los trabajos os parecen insoportables porque no reflexionaréis cuánto ha padecido Jesucristo por vosotros; porque si miráis con los ojos del corazón los trabajos de vuestro Maestro, sufriríais sin duda los vuestros con más valor, y acaso pudiera ser que llegáseis a alegraros de pareceros en algo a la pasión de vuestro Rey. (S. Agust., Salm. 54, sent. 75, Tric. T. 7, p. 461.)”

“El que no padezca sed en el desierto de este mundo o entre los males que le rodean, jamás llegará al verdadero bien, que es el mismo Dios. (S. Agust. Salm 62, sent. 94, Tric. T. 7, p. 463.)”

“Cuando Dios no os envía los castigos viviendo mal, es la señal de su mayor indignación contra vosotros. (S. Agust., Salm. 65, sent. 102, Tric. T. 7, p. 464.)”

“Vuestro corazón es recto cuando en lo bueno que hacéis, Dios es lo que os agrada, y cuando en los males que padecéis no os desagrada Dios. (S. Agustín. Salm. 70, sent. 115, Tric. T. 7, p. 465.)”

“Nos pone Dios en el horno de las tribulaciones como a los vasos, no para que se rompan, sino para que se cuezan y purifiquen. (S. Agust., Salm. 91, sent. 141, Tric. T. 7, p. 467.)”

“En vano queréis y deseáis la bienaventuranza que Jesucristo posee, si teméis sufrir lo que él padeció. (S. Agust. Salm. 96, sent. 144, Tric. T. 7, p. 467.)”

“Es mucha razón que los hijos adoptivos cumplan la voluntad declarada en el Testamento de su Padre; pues dice el Apóstol: Si padecemos con El, seremos glorificados con El. Son compañeros de la humildad de Jesucristo los que son coherederos de la gloria prometida. (S. León Papa, Sermon. 29, c. 13, sent. 20, Tric. T. 8, p. 385.)”

“No se merece el Reino de los Cielos durmiendo. No se dará la felicidad eterna a los que pasan la vida en la pereza y torpe ociosidad. Es preciso padecer con Jesucristo para reinar con El; es necesario andar por aquella senda, de la que dijo el Señor: Yo soy el camino. El mismo Señor, sin tener a nuestro favor algunas buenas obras, nos asistió con sus gracias y con sus ejemplos, para que, escogidos para

hijos adoptivos, con las unas, nos elevan a merecer, y con los otros, nos animase al trabajo. (S. León Papa, Serm. 34, sent. 26, Tric. T. 8, p. 387.)”

“Predica el Apóstol y dice: Todos los que quieren vivir con piedad en Cristo, padecerán persecución. Por esto nunca falta la tribulación de la persecución, si nunca falta la piedad, observancia de la piedad. Exhortaba el Salvador del mundo a sus Discípulos, y les decía: El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. Esto no lo dijo a sólo los Apóstoles, sino a todos los fieles y a la iglesia en general, representada en aquellos a quienes Jesucristo hablaba. Así como en todo tiempo debemos vivir con piedad, así también en todo tiempo debemos llevar nuestra cruz. Cada uno la tiene proporcionada a sus fuerzas, y por este nombre de persecución se entiende toda especie de trabajos. (S. León Papa, Serm. 47, sent. 41, Tric. T. 8, p. 392.)”

“Si padecemos con Jesucristo, reinaremos con él. Los mártires que derramaron la sangre por su gloria, no son los únicos que aspiraron al premio; porque todos los fieles que sirven a Dios, y observan sus Mandamientos, están crucificados con Jesucristo, y así, se verán coronados con Él. (S. León Papa, Serm. 67, sent. 54, Tric. T. 8, p. 395.)”

“¿Quién es el que honra dignamente los misterios de la pasión, muerte y resurrección del Hijo de Dios, sino aquel que padece, muere y resucita con Él? (S. León Papa, Serm. 68, sent. 55, Tric. T. 8, Ibid.)”

“Aunque la fe está ya esparcida por todo el mundo, y son menos los perseguidores, no por eso se han acabado las persecuciones. Aún duran los combates que presentaban a los Santos Mártires de Jesucristo: la necesidad de llevar la cruz no sólo estuvo en los que con tan horribles suplicios eran atormentados, para extinguir en ellos el fuego de la caridad. Todavía tienen los siervos de Dios otra especie de martirio que sufrir; así lo dice el Apóstol. Todos los que quieren vivir con piedad en Jesucristo, padecerán persecución. Es ser muy tibio y cobarde el no querer padecer persecución alguna. (S. León Papa, Serm. 68, sent. 56, Tric. T. 8, p. 395 y 396.)”

“Como yo se que Dios castiga a los que recibe por hijos suyos, me consuela una esperanza de los bienes eternos, que es tanto más cierta, cuanto más duramente me oprime el trabajo de los presentes males. (S. Gregorio el Grande, Epist. ad Leand. Episc., sent. 1, Tric. T. 9, p. 231.)”

“Todo el que murmura en las persecuciones y males que padece, acua la justicia del que se los envía. Es preciso pues, que el hombre se tenga por más puro que el Señor, para quejarse de los azotes con que le castiga, y de algún modo es preferirse al mismo Dios reprender la conducta del Señor cuando le aflige. De este modo, cuando se considera como se debe la grandeza de Dios, aprendemos a temerle con profunda humildad siempre que nos castiga. Por lo cual, el que sabe gustar bien de las cosas celestiales, sufre con paciencia las interiores, porque conoce en sí mismo la poca estimación que merece todo cuanto se hace en lo exterior. Sin razón juzga que tiene el corazón recto, y que es justo el que ignora la regla de la suprema equidad y la justicia Divina. (S. Greg. el Grande, (lib. 5, c. 37, p. 170) sent. 12, Tric. T. 9, p. 233 y 234.)”

“Y ninguno habrá que los libre. Porque la Divina Verdad no libra de los eternos males sino a los que ejercita con algún castigo, interrumpiendo su prosperidad temporal. De suerte, que el que no quiere que ahora le aflija Dios, no merecerá algún día que le libre y le salve; y no hay duda que los injustos que huyen de Dios cuando los castiga como buen padre, no le hallarán algún día para socorrerlos cuando se vean en la aflicción y dolor. (S. Gregorio el Grande, lib. 6, c. 7, p. 185, sent. 18, Tric. T. 9, p. 235.)”

“Cuando más afligida es la carne con las calamidades y azotes que Dios la envía, más capaz está el alma de elevarse con santos deseos a las cosas celestiales. (S. Grego. el Grande, Ibid. c. 13, p. 178, sent. 19, Tric. Ibid. Ibid.)”

“Un alma dormida en el vicio necesita que la despierte algún castigo o alguna desgracia: para que, pues durante la prosperidad cayó del estado de la inocencia y la justicia en que descansaba con excesivo sosiego, la haga la aflicción conocer la profundidad de su caída. De este modo será para ella el rigor de la divina corrección una favorable fuente de luz. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 23, p. 100, sent. 22, Tric. T. 9, p. 236.)”

“Cuando los escogidos se ven en la aflicción de los males del mundo: cuando padecen ignominias, injurias, pérdida de bienes y enfermedades, todo esto les parece bien duro: pero así que levantan los ojos de su alma a la consideración del premio eterno, les parece muy poco lo que sufren en comparación de la recompensa infinita que les espera. De este modo los trabajos que serían insoportables, si en ellos sólo se atendiera al dolor que causan, se hacen ligeros poniendo

la mira en el premio. (S. Greg. el Grande, lib. 8, p. 248, sent. 32, Tric. T. 9, p. 240.)”

“Mezcla Dios los trabajos con sus dones, para que se nos haga amargo todo cuanto nos deleitaba en el mundo, y para que se levante en nuestro corazón tal incendio, que nos esté siempre excitando deseos celestiales, y por decirlo así, nos muerdan con deleite, nos atormenten suavemente, y nos contristen alegremente. (S. Greg. el Grande, Homl. 16, sent. XXIV, adic. Tric. T. 9, p. 387.)”

“Las enfermedades del cuerpo no os entreguen a la triste pesadumbre: dad en vuestros males gracias a Dios porque se digna de visitaros: preferid a la salud del cuerpo la del alma: poned más cuidado en que el espíritu se conserve bueno, que en que el cuerpo se libre de los trabajos. La enfermedad purifica y corrige el alma, al mismo tiempo que abate la insolencia de la carne, y amortigua su delicadeza. (S. Anselmo, Exhort, ad contemptum temporal, sent. 12, Tric. T. 9, p. 341 y 342.)”

“La voz de la tortolilla no resuena dulce, pero enseña cosas dulces, (quiero decir el amor de su igual). (S. Bernardo, Serm. 65, in Cant., sent. 24, Tric. T. 10, p. 323.)”

“Al que espera cosas grandes, suelen parecerle menos agradables las pequeñas. (S. Bern., Epist.. 153, sent. 77, Tric. T. 10, p. 326.)”

“La persecución distingue los verdaderos Pastores, de los mercenarios. (S. Bern. de Convers. ad Cler. n. 22, sent. 84. Tric. T. 10, p. 327.)”

“El hombre que huye del trabajo, no se emplea en aquello para que ha nacido. (S. Bern. de Cont., ad Cler. n. 39, sent. 112, Tric. T. 10, p. 328.)”

“Si siempre nos sucedieran desgracias, ¿quién las podría sostener? Si siempre prosperidades, ¿quién no confiaría demasiado? Pero aquella sabiduría tan pródiga que todo lo gobierna, con tal templanza va alterando el curso de la vida temporal de sus escogidos con lo uno y con lo otro, que ni las adversidades los quebranten, más agradables después de aquellas, y aquellas se hacen con estas más tolerables. (S. Bern., Epist.. 136, ad Patr. Pap. Episc. sent. XXV, adic. Tric. T. 10, p. 354 y 355.)”

Amor a Dios.— “Permitidme que vaya a ser pasto de las fieras, y a volar por ellas a Dios: dejad que me deshagan entre sus dientes las fieras, como trigo de Dios para ser pan puro de Jesucristo. (S. Ignacio, carta a los Rom. n. 4, Tric. T. 1, p. 32, sent. 3.)”

“Vengan sobre mi el fuego, los patíbulos, las fieras, la dislocación de los huesos, la separación de los miembros, la destrucción de todo el cuerpo y cuantos tormentos pueda escogitar el furor del enemigo, todos me serán soportables por conseguir a Jesucristo. Nada me serviría el dominio del ámbito de la tierra ni el imperio del universo; me tendré por más feliz mil veces en morir por Jesucristo. Busco a Aquel que murió por nosotros; quiero al que por nosotros resucita; no hay para mí otro tesoro. (S. Ignacio, carta a los Romanos, n. 5 y 6, Tric. id. id., sent. 4. y 5.)”

“Mi amor está crucificado, el fuego que me abrasa no apetece agua material: una agua viva me habla interiormente, y me dice: Ven a tu Padre; yo no tengo gusto en los manjares corruptibles, ni en los deleites de esta vida, quiero el pan de Dios, que es Jesucristo, hijo de Dios, de la estirpe de David. (S. Ignacio, carta a Policarpo, sent. 6, Tric. id. id. id.)”

“Os suplico que no me miréis con benevolencia intempestiva; dejadme ser pasto de las fieras, pues por ellas he de conseguir ver a Dios. Yo soy trigo de Dios y he de ser molido entre los dientes de las fieras para verme hecho limpio pan de Dios; antes bien, halagad a las fieras para que sean mi sepulcro y nada dejen de mi cuerpo, para no ser molesto a nadie después de muerto. Pido que roguéis por mi a Jesucristo que me haga hostia de Dios por vuestra súplicas. (S. Ignacio, carta a los Rom., Tric. T. 1, p. 339, sent. IV.)”

“Ojalá llegue yo a gozar de las fieras que me tienen preparadas, y que ya deseo vengan con más velocidad contra mi. Yo las halagaré para que me traguén cuanto antes y no suceda lo que a otros que no se atrevieron a tocarles: pero si a mi, por más que lo deseo, no quieren venir, yo las obligaré por fuerza. Perdonadme, pues yo se lo que me conviene: el fuego, la cruz, la concurrencia de las fieras, el rompimiento de mis huesos, el destrozo de mis carnes, el desmenuzamiento de todo mi cuerpo, y aun los malos tormentos del Diablo vengan sobre mi, solo con la condición de que yo consiga a Jesucristo. (S. Ignacio, ídem. sent. V.)”

“Perdonadme hermanos, y no me sirváis de impedimento queriendo que no muera, para que así no viva; cuando deseo ser de Dios, no me separéis por este mundo, ni me seduzcáis con las cosas materiales; dejadme beber la pura luz, que en estando allí seré hombre. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios; si otra cosa os pido cuando esté presente no me obedezcáis. Creed entonces a lo que ahora os

escribo, porque os escribo en esta vida; pero suspirando por morir; mi amor está crucificado; el fuego que hay en mí no quiere agua, es un fuego vivo que habla en mí, y me dice interiormente: Ven al Padre, no me contenta alimento corruptible, ni las delicias de esta vida; quiero el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, de la estirpe de David. (S. Ignacio, id. id., sent. VII.)”

“No son compatibles el amor de Dios y el del mundo, así como no es posible subsistir la luz con las tinieblas ni Jesucristo con Belial. (Orígenes, T. 19, de los Coment. sobre S. Juan, Tric. T. 1, p. 249.)”

“El que solo medita en la Ley de Dios y los premios que nos ha prometido Jesucristo, nada quiere sino lo que Dios dispone, y su voluntad es la del Señor; y en este caso ya no vive la vida de este siglo, sino la celestial del siglo venidero. (S. Cipriano, carta 15 a Maximino, sent. 4, Tric. T. 1, p. 296.)”

“Hay grande diferencia en que alguno pretenda merecer con los hombres o con Dios. Si se agrada a los hombres, Dios es ofendido: pero si toda nuestra diligencia y cuidado se emplea en agradar a Dios, es preciso despreciar las afrentas y maldiciones humanas. (S. Cipriano, Epist. 35 ad Concel., sent. IV, Tric. T. 1, p. 379.)”

“Amaréis al Señor vuestro Dios con todo el corazón: El que dice con todo el corazón no admite división alguna que pueda apartar la menor parte: porque cuanta afición se pone a las cosas inferiores, otra tanta se quita de la que se debe a Dios. (S. Basilio, in Psalm. 44, sent. 9, Tric. T. 3, p. 192.)”

“Nada concilia y une con tanta fuerza los espíritus de los que sirven a Dios con afecto sincero, como la conformidad de sentimientos y doctrina en lo perteneciente al Señor: al contrario, nada divide tan fácilmente los espíritus, como la diferencia de opiniones sobre esta materia. (S. Gregorio Nacianc., Orat. 12, sent. 23, Tric. T. 3, p. 355.)”

“No hay cosa en el mundo tan grande como la que el menor de los hombres pueda ofrecer a Dios: y así entregaos vosotros mismos a Dios. (S. Gregorio Nacianc., Orat. 40, sent. 49, Tric. T. 3, p. 360.)”

“La perfección consiste en temer sólo una cosa, que es verse apartado del amor de Dios, por sólo el cual creo que es perfecto el hombre. (S. Gregorio de Nisa, sent. 3, Tric. T. 4, p. 118.)”

“El tiempo de amar a Dios es toda la vida. (S. Gregorio de Nisa, in Eccles. n. 8, sent. 5, Tric. T. 4, p. 113.)”

“Debéis amar a Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra

alma, potencia y sentidos; a vuestro prójimo como a vosotros mismos, y a vuestra mujer si vive con piedad, como Jesucristo ama a su Iglesia: si su vida es más común, y no está desprendida de las pasiones, siempre debéis amarla como a vuestro mismo cuerpo, según lo ordena el Apóstol. (S. Gregorio de Nisa, in Can. Cant. n. 3. 4, sent. 6, Tric. T. 4, p. 113 y 114.)”

“Aquel se aparta de Dios que no se une a el con la oración. (S. Gregorio de Nisa, de orator, sent. 7, Tric. T. 4, p. 114.)”

“Los que con el espíritu y el corazón se entregan a las cosas del mundo, y ponen todo su cuidado y aplicación en agradar a los hombres, no pueden cumplir el primero y el mayor de los preceptos, que es: Amar a Dios con todo su corazón y con todas sus fuerzas, porque, ¿cómo ha de amar a Dios con todo su corazón aquel que sólo aplica una parte de él y da la otra a todas las cosas del mundo, y robándole la afición al que únicamente se le debe, gasta todo su amor en las pasiones humanas? (S. Gregorio de Nisa, de Virg., c. 9, sent. 30, Tric. T. 4, p. 119.)”

“Lo que tienen de penoso los Mandamientos de Dios, es dulce para los que le aman. (S. Gregorio de Nisa, de perfet. Christ., sent. 39, Tric. T. 4, p. 120.)”

“El que ama verdaderamente a Dios debe conservar inviolablemente este amor en cualquier estado que se halle. Ama un padre verdaderamente a su hijo, y así no deja de amarle, aun cuando le reprende y le castiga. Porque, según lo advierte la Escritura: Castiga el Señor a los que recibe en el número de sus escogidos. Por lo que en el mismo castigo debéis amar al Señor que os corrige: pues lo hace así para colocarlos en el número de sus hijos. Ciertamente sería muy poco amor el que solo durase el tiempo que Dios os colma de toda especie de beneficios. (S. Ambrosio, in Psalm. 1, sent. 40, Tric. T. 4, p. 321.)”

“Cualquiera que es infiel a Dios, no puede ser fiel a su amigo. (S. Ambrosio, lib. 3, c. 16, sent. 133, Tric. T. 4, p. 340.)”

“Yo meditaba en tus Mandamientos porque amé mucho. Ninguno cumplirá los preceptos divinos si no ama; y no solo ha de amar; ha de amar mucho. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 33, adic. Tric. T. 4, p. 403.)”

“Nada perjudica a los que aman a Dios el no saber pedir; porque Dios que sabe el deseo de su corazón, y su ignorancia, no les imputa que pidan lo que no les conviene; sino que les concede lo que debe dar a los que le aman. (S. Ambrosio, in Epist. ad Rom., c. 7, sent. 110, adic. Tric. T. 4, p. 405.)”

“El amor de Dios y el temor del infierno rompen con facilidad los lazos que nos tienen atados a nuestros parientes. (S. Jerónimo, *Epist.. ad Heliod*, 14, sent. 2, *Tric. T. 5*, p. 239.)”

“Nada parece duro a los que aman; nada es difícil cuando se vence por llegar a lo que se desea. Considerad cuántos trabajos padeció Job por conseguir a Raquel. Job, dice la Escritura, sirvió por Raquel siete años, y estos le perecieron pocos días respecto de su amor. Amemos a Jesucristo y procuremos con fervor unirnos con El, y las cosas más difíciles nos parecerán muy fáciles, y todo lo que ahora es largo, se nos hará muy corto. (S. Jerónimo, *Epist.. ad Eus-toch.*, c. 22, sent. 24, *Tric. T. 5*, p. 242.)”

“Ordenad en mí la caridad. En todos nuestros afectos, es necesario el buen orden. Después de Dios amad a vuestro padres, a vuestra madres, y a vuestros hijos. Si llega la ocasión en que sea preciso poner en balanza el amor de Dios y el amor de nuestros padres, de tal suerte, que sea imposible conservar los dos amores; entonces el aborrecimiento a los padres es piedad para con Dios. No nos prohíbe, pues, el Señor que amemos a nuestros padres; lo que solamente nos prohíbe es amarlos más que a El. (S. Jerónimo, in c. 10. *Matth*, sent. 95, *Tric. T. 5*, p. 255 y 256.)”

“Solamente en Dios pongamos nuestra esperanza; no digamos: ¿en dónde hallaré, cuando sea anciano, con qué vivir? Si enfermo ¿quién me sustentará? ¿Tenéis a Jesucristo y tembláis? Este Señor da de comer a las avecitas, y ¿dudáis que os alimente? El diablo parece que sustenta a los que son suyos, y ¿no creéis que Jesucristo dará a los suyos el sustento? El diablo está proporcionando a los suyos oro y piedras preciosas, y ¿no podrá Jesucristo daros pan? Arrojemos, pues, de nuestro corazón toda solicitud, y digamos con el profeta: Nosotros haremos en nombre de Dios acciones llenas de fortaleza; porque El será nuestra fuerza. El será nuestro sustento, y El será nuestro guía. (S. Jerón., in *Isalm*. 10, sent. 113, *Tric. T. 5*, p. 258.)”

Abrasadnos sin cesar ¡oh mi Jesús, y mi Divino Maestro! con aquel sagrado fuego: para que nuestros sentidos se iluminen en tu ley, y nuestros vicios se consuman con su ardor, pues solo ese divino fuego es capaz de resistir al fuego eterno. (San Paulino, *Epist.. 44*, ad. *Apr. de Amand.*, sent. 19, *Tric. T. 5*, p. 332.)”

“Grande fuerza alcanza el verdadero amor y el que es perfectamente amado, se apodera de toda la voluntad del amante: nada manda tanto como la caridad. Nosotros, si de veras amamos a Cristo, si nos

acordamos de que estamos redimidos con su sangre, ya no debemos querer, ni hacer sino lo que sabemos que El quiere. (S. Paulino, in Append. sent. XVI, adic. Tric. T. 5, p. 362 y 363.)"

"Dios nos da esta vida para servirle, y vosotros la consumís inútilmente. Y después de esto preguntáis, y ¿qué pérdida es esta? Si disipáis inútilmente la menor cantidad de dinero, lo tenéis por grande perjuicio; y cuando pasáis los días enteros en diversiones vanas y en obras del demonio, os parece que nada habéis perdido: pero el tiempo jamás vuelve, y solo con muy grandes dificultades nos podemos reintegrar. (S. Juan Crisóst., Homl. 57, c. 9, Joann., sent. 83, Tric. T. 6, p. 315.)"

"De nada nos servirá ayunar, orar, dar limosna y practicar otras buenas obras, si todo esto no lo hacemos por sólo Aquel que conoce las cosas ocultas, y penetra lo más secreto de los corazones. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, in Génesim, sent. 90, Tric. T. 6, p. 316.)"

Cuando el hombre está muy penetrado del amor de Dios, y aspira al Señor con toda la extensión de sus deseos, no repara en las cosas visibles, y tiene continuamente delante de los ojos de su alma, de día y de noche, al acostarse y al levantarse, la imagen de aquel objeto amado que quiere y desea. (S. Juan Crisóst., Homl. 23, c. 6, in Génesim, sent. 95, Tric. T. 6, p. 317.)"

"Un hombre poseído del amor profano, quisiera morir mil veces por la persona a quien ama, siendo así que nada puede esperar de ella después de su muerte. Hagamos nosotros lo mismo, y sin considerar nosotros el premio de la otra vida, y la esperanza de los bienes del cielo, suframos todos los trabajos puramente por el amor de Dios. (S. Juan Crisóst., Homl. in Psalm. 7, sent. 123, Tric. T. 6, p. 323.)"

"Amamos a Dios por ser quien es, y no sólo por los bienes que de El nos vienen. (S. Juan Crisóst., Ibid., sent. 124, Ibid., Ibid.)"

"Los preceptos, no tanto son difíciles por su naturaleza, cuanto por la pereza y cobardía de los hombres; de suerte, que todos los que trabajan con cuidado y diligencia para observarlos, los hallarán suaves y fáciles, según aquellas palabras de Jesucristo: Mi yugo es suave y mi carga ligera. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 111, sent. 135, Tric. T. 6, p. 325.)"

"Porque Dios nos ama mucho, permite que seamos afligidos en este mundo, con el fin de unirnos más perfectamente consigo. Y así como las madres que tienen niños que no quieren estar con ellas suelen precisarles a volver, haciéndolos que los asustan con alguna

máscara, no para causarles mal, sino para que no se aparten de sus brazos, del mismo arbitrio con corta diferencia se vale Dios, por el ardiente amor que nos tiene, cuando para unirnos más estrechamente consigo, permite que estemos reducidos a la necesidad de recurrir continuamente a su gracia, de invocarle sin cesar, y de abandonar todos los cuidados para ocuparnos en la oración, y decirle a cada instante: Señor, libertad mi alma. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 114, sent. 137, Tric. T. 6, p. 325.)"

"Todo aquel que está verdaderamente poseído del divino amor, vive como si no hubiera en la tierra sino él sólo, y no se le da cuidado de las ignominias ni de la gloria. Tampoco le inquietan las tentaciones ni los trabajos que Dios le envía, como si los sufriera en un cuerpo extraño: en cuanto a las cosas agradables que se presentan en esta vida, se burla de ellas y no tienen más afición que la que un cuerpo difunto tiene para otro cadáver. (S. Juan Crisóst., Homl. 52, c. 26, sent. 282, Tric. T. 6, p. 358.)"

"Un siervo fiel y reconocido, todo lo debe hacer por Jesucristo, aunque no hubiera otra recompensa. Porque solamente por obligarnos a amarle nos amenaza con las penas del infierno y nos tiene prometido su reino. Amémosle, pues, ya que es tan justo que le amemos. Esta es nuestra mayor recompensa; este es el reino celestial; estos son nuestros placeres, nuestra delicia y nuestra honra; esta es nuestra gloria, nuestra luz; y por último, esta es nuestra suprema felicidad. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, sent. 285. Tric. T. 6, p. 359.)"

"¿Qué hay en el cielo para mí, y qué es lo que quiero yo en la tierra fuera de Vos? es como si dijera este Santo Profeta: Yo no deseo cosa alguna de cuantas hay en el cielo y en la tierra, sino sólo a Vos. En Dios está mi único amor, y si yo amo dignamente este divino objeto, miraré como nada lo presente y lo futuro en comparación de su amor. (S. Juan Crisóst., Ibid. sent. 286, Tric. Ibid. Ibid.)"

"Solo una cosa es necesaria, que es: amar a Dios con amor sincero y con este nos vendrán todas las demás. (S. Juan Crisóst., Homl. 15, c. 8, sent. 288, Tric. T. 6, p. 360.)"

"Amar a Dios es el Reino del cielo, es el verdadero placer, y es la verdadera felicidad: no puedo yo decir de este amor cosa tan grande que pueda expresar su excelencia; pues solo los que lo experimentan pueden conceptuar cual es su precio. Esto hizo decir al Profeta Rey: Poned en el Señor vuestra alegría. Y en otra parte: Gustad y ved cuán suave es el Señor. Estemos, pues, muy persuadidos de esta verdad;

pongamos todo el placer y delicias en el amor divino; de este modo haremos una vida de Angeles, y aun viviendo sobre la tierra no la cederemos a los mismos que habitan en el cielo. (S. Juan Crisóst., Homl. 22, sent. 293, Tric. T. 6, p. 361 y 362.)”

“Puso Dios en nosotros los ojos, la boca y el oído, para que todos nuestros miembros le sirviese; para que oigamos las cosas de Dios, hablemos de lo que pertenece a Dios, y obremos siempre lo que es de Dios. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, c. 1, Matth. sent. 1, adic. Tric. T. 6, p. 451.)”

“No es dichoso en este mundo sino aquel que ama lo que debe amar, y no lo es el que posee lo que ama. (S. Agust., Psalm. 18, sent. 7, Tric. T. 7, p. 454.)”

“Todo cuanto no es Dios, nada tiene de amable para mí; me conformo con que nada me conceda de lo que me puede dar, con tal que se me de a sí mismo. (S. Agust., Psalm. 26, sent. 9, Tric. T. 7, p. 454.)”

“Si hallaréis alguna cosa que sea más grande, más excelente y más amable que Dios, os permito desearla. (S. Agust., Psalm. 26, sent. 10, Tric. T. 7, p. 455.)”

“El verdadero amor no puede estar ocioso: no hallaréis amor que no esté siempre obrando. (S. Agustín. Serm. 30, sent. 21, Tric. T. 7, p. 456.)”

“No permita Dios que yo os diga que no amáis, porque sin amor estaríais torpes, perezosos y como muertos. Amad, pues, pero cuidado con lo que debéis amar. El amor de Dios y el del prójimo se llama caridad, y el amor del mundo concupiscencia. Reprimid la concupiscencia en vuestra alma, y encended en ella la caridad. (S. Agust., Ibid., sent. 22, Tric. Ibid., Ibid.)”

“Aquel tiene verdadera fortaleza que pone toda su fuerza en Dios, y no en sí mismo. (S. Agust., Ibid., sent. 23. Tric. Ibid., Ibid.)”

“Aquel agrada a Dios, a quien solo Dios agrada. (S. Agust., Psalm. 32, sent. 26, Tric. T. 7, p. 456.)”

“Jamás os separáis de Dios, si siempre queréis lo que Dios quiere. (S. Agust., Ibid., sent. 27, Tric. Ibid., Ibid.)”

“Nada nos debe agradar tanto como aquel Señor que hizo todas las cosas que agradan en este mundo. (S. Agust., Ibid., sent. 28. Tric. Ibid., Ibid.)”

“Sea Dios vuestra esperanza, y sea vuestra fortaleza; sea el cumplimiento de todo vuestros deseos: sea vuestra única alabanza: sea el

único fin en donde halléis el reposo y la paz; sea el Señor vuestra asistencia en vuestros trabajos. (S. Agust., *Ibid.*, sent. 30, *Tric. Ibid.*, *Ibid.*)”

“El frío de la caridad es el silencio del corazón; el ardor de la caridad es el clamor del corazón. Si conserváis siempre la caridad, siempre estáis clamando a Dios; y si no cesáis de clamar no hay duda, que siempre lo deseáis. (S. Agust., Psalm. 37, sent. 42, *Tric. T. 7*, p. 458.)”

“Dios equivale a todo cuanto podéis desear: aprended, pues, a amar a Dios, en la criatura, y al soberano Autor en sus mismas obras: no os dejéis arrastrar del amor a lo que Dios ha hecho, ni abandonéis aquel Señor que os hizo a vosotros mismos. (S. Agust., Psalm. 39, sent. 52, *Tric. T. 7*, p. 459.)”

“Dios es generalmente el Dios de todos los hombres; pero propiamente se llama Dios de los que le aman, de los que no se separan de El, de los que le poseen, le sirven y le honran. (S. Agustín, Salm. 54, sent. 78, *Tric. T. 7*, p. 461.)”

“Amemos a Dios de tal suerte, que nada amemos fuera de El. (S. Agust., *Idem.*, sent. 79, *Tric. Ibid.*, p. 462.)”

“Dios cuenta por hecho cuanto queréis hacer por su amor, si no podéis ejecutarlo. (S. Agustín, Salm. 57, sent. 81, *Tric. T. 7*, p. 462.)”

“Conservad la caridad, que es como un sello espiritual que junta nuestra alma con Dios; pero de tal modo, que Dios vaya delante y vosotros le sigáis; pues querer andar por donde Dios no va, es querer vivir según su propia voluntad, y no seguir sus divinos preceptos. (S. Agustín, Salm 62, sent. 97, *Tric. T. 7*, p. 463.)”

“Lo que se ama, es lo que propiamente se honra y se sirve; pues como Dios es mayor y mejor que todo, para servirle bien, es preciso amarle sobre todo. (S. Agust., Salm. 77, sent. 123, *Tric. T. 7*, p. 466.)”

“Nada nos ocupará en el cielo sino el amor de Dios y sus alabanzas. (S. Agust., Salm. 78, sent. 125, *Tric. T. 7*, p. 466.)”

“Aunque todavía viváis en la tierra, si amáis a Dios, ya estáis en el cielo. (S. Agust., Salm 78, sent. 132, *Tric. T. 7*, p. 466.)”

“Si amáis a Dios, aun cuando calláis, es vuestro mismo amor una voz poderosa que llega hasta el Señor, es un nuevo cántico que llega hasta sus propios oídos. (S. Agust., Salm. 95, sent. 142, *Tric. T. 7*, p. 467.)”

“Sirvamos y honremos a Dios por ser quien es, y El sólo sea el

premio del culto que le demos: amémosle en si mismo; amémosle también en nosotros; amémosle en nuestro prójimo, a quien debemos amar como a nosotros mismos. (S. Agust., Salm. 116, sent. 156, Tric. T. 7, p. 468.)”

“¿Quién es aquel que agrada a Dios? Es aquel a quien Dios agrada. Haced de modo que os agrade para que de este modo le agradéis; mas sabed que jamás os gustará, si no os disgustáis a vosotros mismos. (S. Agust., salm. 116, sent. 159, Tric. T. 7, p. 469.)”

“Vuestra lengua solo a ciertas horas puede alabar a Dios; alábele, pues, siempre vuestra vida. (S. Agustín, Salm. 146, sen. 168, Tric. T. 7, p. 469.)”

Cantamos en voz alta para excitarnos a nosotros mismos, y cantamos de corazón para agradecer a nuestro Dios.

“Alabad a Dios con todo cuanto sois: cante sus alabanzas la voz, cante la vida y canten las acciones. (S. Agust., salm. 148, sent. 175, Tric. T. 7, p. 470.)”

“No es otra cosa vivir bien, sino el amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el entendimiento. (S. Agust.: de morib., Ecc., c. 25, sent. 8, adic. Tric. T. 7, p. 483.)”

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón: lo mismo dijo Jesucristo por estas palabras. Ninguno puede servir al mismo tiempo a dos Señores. Lo cual significa que no debe dividirse nuestro amor entre Dios y las riquezas, ni entre Dios y la mujer, o los hijos y amigos; sino que debe estar enteramente consagrado al Criador, y que solamente después de Dios y por Dios hemos de amar a los que tenemos obligación, como son los padres, la esposa, los hijos, los hermanos y los amigos. (Teodoreto, Quaset. 3, sobre el Deut., sent. 2., Tric. T. 8, p. 262.)”

“Cuanto más versada está una persona en las cosas de Dios, más se abrasa a si misma, y a los otros en las llamas del amor divino. (Teodoreto, Orat. de Char., sent. 10, Tric. T. 8, p. 264.)”

“Tenga presente el hombre, que el primer amor se debe a Dios; el segundo al prójimo, y que por esta regla ha de dirigir todos sus afectos, para que ni falte al culto del Señor, ni a la utilidad del prójimo ¿Cómo daremos a Dios el debido culto, sino queriendo lo que el quiere, sin que jamás se aparte de su imperio ninguno de nuestros afectos? Porque si queremos lo que El quiere, ya deseamos que nuestra flaqueza reciba el valor de Aquel de quien recibimos esta misma voluntad. Dios, a la verdad, dice el Apóstol, es el que obra en noso-

tros al querer y el perfeccionar, según la buena voluntad. (S. León Papa, Serm. 19, c. 3, sent. 12, Tric. T. 8, p. 385.)”

“El que ama a Dios, se contenga con agradar a su amado, y no hay que desear mayor premio que el mismo amor; porque de tal modo es de Dios la caridad, que el mismo Dios es caridad, y el alma devota y casta se alegra tanto de verse llena de Dios, que no desea deleitarse con otra cosa que no sea el Señor. Es grande verdad lo que este dijo: En donde está tu tesoro, allí estará tu corazón. (S. León Papa, Serm. 92, c. 3, sent. 75, Tric. T. 8, p. 402.)”

“Muchos podrán excusarse con sus enfermedades de ayunar y velar, por ser obras superiores a sus fuerzas; mas no hay excusa legítima para no amar a Dios y al prójimo, supuesto el precepto de la Ley. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 51, sent. 11, Tric. T. 9, p. 45.)”

“Nuestro corazón no es verdaderamente santo, cuando de ningún modo le inflaman los dardos del amor de Dios; cuando no siente la infelicidad de su destierro; cuando no se conduce del mal del prójimo. Pero este mismo corazón está herido para sanar cuando al tiempo, que estaba como insensible, le penetra Dios saludablemente con los tiros de su amor, y cuando así se le hace sensible con el ardor de su caridad. (S. Greg. el Grande, lib. 5, c. 25, p. 200, sent. 23, Tric. T. 9, p. 236.)”

“En el libro de los números se ordena que la púrpura que entonces se ofrecía en los sacrificios estuviere dos veces teñida, para significar que nuestra caridad debe parecer a los ojos de nuestro Juez interior, como teñida con el lustre del amor de Dios y del prójimo: de suerte, que el alma verdaderamente convertida a Dios, no desee con tanta ansias el reposo en que vive por su amor, que desprecie el cuidado de la salud de su prójimo, ni debe estar tan ocupada en el servicio y caridad de su prójimo que abandonado del todo el santo reposo de la meditación, deje apagarse en su espíritu las llamas del divino amor. Cualquiera, pues, que se ha ofrecido a Dios en sacrificio, debe necesariamente, si quiere llegar a estado más perfecto, no solamente adelantar en la carrera de las buenas obras, sino también elevarse a lo sublime de la contemplación divina. (S. Greg. el Grande, ib. c. 37, p. 207, sent. 24, Tric. T. 7, p. 237.)”

“Si el alma se aficiona a Dios con todo el fervor de que es capaz, todas las amarguras de esta vida le parecerán dulces y agradables. Hallará en la aflicción su descanso; deseará la muerte para llegar a una vida más perfecta; no pensará sino en abatirse a las cosas más

bajas de la tierra, para poderse mejor elevar a las que son verdaderamente sublimes. (S. Greg. el Grande, lib. 7, c. 15, p. 219, sent. 27, Tric. T. 9, p. 238.)”

“En el primer libro de los Reyes leemos, que aquellas vacas que tiraban del carro en donde estaba el Arca del Señor, iban bramando de sentimiento de no ver a su costado los terneros que les habían encerrado; pero no por eso dejaban de caminar; arrojaban de lo profundo de sus entrañas grandes bramidos, mas no por esto se apartaban del camino derecho; sentían en sí mismas los movimientos de ternura hacia sus terneros, pero no por eso volvían la cabeza. Así deben caminar los que, sujetos al yugo sagrado de la ley de Dios, llevan, por decirlo así, el Arca del Señor en la divina ciencia de que están llenos; porque muchas veces se ven precisados a compadecerse de las necesidades de sus prójimos; pero siempre sin separarse del derecho camino de la virtud en que han entrado. (S. Gregorio el Grande, lib. 7, c. 30, p. 232, sent. 29, Tric. T. 9, p. 239.)”

“Nada se puede entender mejor bajo el nombre de ley de Jesucristo, que la ley de la caridad; y entonces verdaderamente la cumplimos cuando sufrimos las flaquezas y defectos de nuestro prójimo con el sentimiento de un amor sincero. Dice la Escritura, que esta ley en su grande extensión abraza muchas ramas, porque se comunica a todas las acciones de virtud. Empieza por los dos principales preceptos, que son el amor de Dios, y el del prójimo: después se extiende a las demás voluntades de Dios, que son innumerables. Tres cosas pide el amor de Dios, pues nos manda que le amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Sobre lo cual debe advertirse, que cuando la palabra de Dios nos intima su amor, no solamente nos manda que le amemos sino también cuando debemos amarle, diciendo con todo, para que conozcamos, que si le hemos de agradar perfectamente, nada reservemos de nosotros mismos. (S. Greg. el Grande, lib. 9, c. 6; p. 340, sent. 48, Tric. T. 9, p. 249.)”

“El amor es fuerte como la muerte. Se compara la fuerza de la caridad a la de la muerte, porque mata el deseo de los placeres de esta vida, y a proporción que el alma está más insensible al temor de los males del mundo, tiene más fortaleza y elevación. (S. Greg. el Grande, lib. 9, p. 357, sent. 50, Tric. T. 9, p. 250.)”

“La caridad es paciente. Luego cuando no es sufrida, no es caridad. Con este vicio de la impaciencia, se disipa la misma doctrina que cría y nutre las virtudes. (S. Greg. el Grande, Past. 3, sent. 12, adic. Tric. T. 9, p. 382.)”

“Aquel tiene verdadera caridad que ama al amigo en Dios, y al enemigo por Dios. (S. Greg. el Grande, Homol. 7, sent. 27, adic. Tric. T. 9, p. 388.)”

“La prueba del amor es la manifestación de la obra. (S. Greg. el Grande, Ibid., sent. 28, Tric. Ibid., Ibid.)”

“¡Ay de mí! ¡Cuánto debiera yo amar al Señor, mi Dios, que me crió cuando yo no tenía ser, y me redimió cuando yo me había perdido! Yo no era, y Dios me hizo de nada; no me hizo para ser una criatura irracional; esto es, no quiso que yo fuese un árbol, una ave o un animal de cualquiera especie, sino que quiso que yo fuera hombre y criatura dotada de inteligencia y de razón. Me dio con el ser la vida, el sentir y la razón. Yo estaba ya muerto, y descendió el Señor hasta la bajeza de nuestra mortalidad. Siendo inmortal, se sujetó a la muerte, se hizo pasible; realmente padeció, y venció a la muerte, y de este modo me redimió. Así es: de este modo me ha prevenido en todo y siempre su misericordia y su gracia. Se hizo mi Libertador; de muchos males me ha salvado, y de muchos peligros me ha libertado. Cuando yo iba perdido, me redujo al redil; cuando yo estaba ciego y sepultado en la ignorancia, me iluminó y me instruyó, cuando yo estaba en la muerte del pecado. El mismo me dio la mano y me sacó del sepulcro; cuando yo estaba sepultado en una negra tristeza, me comunicó mil divinos consuelos; cuando yo estaba reducido a la funesta desesperación, me aseguró y me confortó; cuando caí me dio la mano y me levantó; cuando me sostuve, El era mi apoyo; cuando caminé, El era mi guía, y cuando volví a El, me recibió en los brazos de su misericordia. Todos estos bienes y otros mil me ha hecho mi Señor Jesucristo; siempre será mi dulce y útil ocupación pensar en ellos, y darle gracias por su bondad, para poder amarle y alabarle sin cesar como corresponde al exceso de sus bondades. Porque, ¿qué otra cosa podré yo dar por tantas gracias y beneficios, sino todo el amor que cabe en mi corazón? A la verdad, lo que se da por amor, no se puede reconocer ni recompensar sino con el amor. (S. Anselmo, 7.^a Meditat., sent. 45, Tric. T. 9, p. 352 y 353.)”

“En el cielo habrá un amor tan grande entre Dios y los bienaventurados, y en cada uno de ellos recíprocamente, que todos se amarán entre sí como a sí mismos. Mas todos amarán a Dios más que a sí mismos. De aquí proviene, que los que tienen el corazón lleno de amor de Dios y del prójimo, solamente quieren lo que Dios quiere y lo que quiere su prójimo, si este no pretendiese cosa alguna contra la

ley de Dios. De aquí nace, que gustan mucho de orar, conversar y de ocuparse en las cosas de Dios; porque les es muy dulce el desear a Dios, y hablar y pensar en Aquel a quien mucho aman. Por esto se alegran con los que están alegres; lloran con los que derraman lágrimas; se conpadecen de las necesidades de sus hermanos, y dan con gusto a los pobres, porque aman a los otros hombres como a sí mismos. Por esto también desprecian las riquezas, las Magistraturas y los deleites, no pretendiendo las honras ni las alabanzas. (S. Anselmo, ep. 22, lib. 2, sent. 53, Tric. T. 9, p. 357.)"

"En vano oye o lee el cautivo del amor el que no ama. (S. Bern., Serm. 70 in Cant. n. 1, sent. 31, Tric. T. 10, p. 324.)"

"El corazón frío no percibe las palabras que están llenas de fuego, así como el que no sabe el griego no entiende al que habla en esta lengua. (S. Bern., Ibid., sent. 32, Tric. T. 10, p. 324.)"

"Aquello que cualquiera ama sobre todas las cosas, se demuestra, si no es Dios, en lo que se ha propuesto en lugar de Dios. (S. Bern., -Trac. de cont., Mendi. ad Clerc. c. 5, n. 17-, sent. 38, Tric. T. 10, Ibid.)"

"El que ama parece muchas veces loco a los que no saben amar. (s. Bern., Praef. Lib. de Consid. sent. 50, Tric. T. 10, p. 325.)"

"La medida que se ha de guardar en amar a Dios, es amarle sin medida. (s. Bern., -Tract. de dilig. Deo, c. 16-, sent. 51, Tric. T. 10, p. 325.)"

"Al que gustó las cosas del espíritu es preciso que le sean insípidas las de la carne. (S. Bern., Ep. 3, sent. 64, Tric. T. 10, p. 326.)"

"El verdadero amor tiene su premio, y este es lo que se ama. (S. Bern., -Tract. de dilig. Deo, n. 17, sent. 123, Tric. t. 10, p. 329.)"

"El verdadero contento es el que proviene del Criador, y no de la criatura. (S. Bern., Ep. 144, sent. 125, Tric. T. 10, p. 329.)"

"A la verdadera caridad no le falta el premio; no obstante, que no es interesada. (s. Bern., -Tract. de Dilig. Deo, n. 17-, sent. 129, Tric. T. 10, p. 329.)"

"Lo primero, se ama el hombre por sí mismo por ser carne, y no poder saber a otra cosa que a sí mismo. Cuando ve que por sí no puede subsistir, empieza a buscar y amar a Dios por medio de la fe, porque le contempla necesario. en el segundo grado, pues, ama a Dios; mas no por el mismo Dios, sino por su propia utilidad; pero empezando a venerarle por su propia necesidad, y a tratarle, pensando en El, leyendo, orando, obedeciendo, se le va dando Dios a conocer